

CRÍTICA DE TEATRO:

"No Hay que Llorar"

● Un melodrama criollo o la historia de una venganza.

EN nuestro país, el conocimiento del teatro latinoamericano es poco menos que lamentable. De vez en cuando, alguna compañía o grupo rompe esta inercia frente a lo que nos rodea y lleva a la escena alguna obra, no siempre relevante, del concierto latinoamericano. Sin entrar a profundizar en las causas de este hecho incuestionable —eo mo, por ejemplo, nuestro aislamiento cultural, incluso con nuestros países vecinos; el temor a que el teatro latinoamericano se haya politizado demasiado y sea, por lo tanto, impropio de dar cuenta de él; el desconocimiento efectivo de lo que sucede alrededor de nuestras narices...—, queremos hacer referencia ahora al estreno de *No hay que llorar*, de Roberto Cossa, uno de los dramaturgos de mayor relevancia tanto de la dramaturgia argentina como del continente. En esta oportunidad, la compañía El Banco (el año pasado fue el grupo Ateva con la misma obra), en la sala del Instituto Cultural del Banco del Estado, nos hace recordar que muy cerca nuestro existe una dramaturgia y una actividad teatral que muchos quisieran.

Desde 1984, se han representado tres obras de Cossa por estos lados: *La zona* (Teatro de Comediantes), *Los compadritos* (Teatro de Cámara) y *No hay que llorar*. Las tres, de alguna manera, dentro de un acentuado realismo crítico que tiene en su mira, fundamentalmente, a la "miserable clase media argentina", según palabras del dramaturgo. En todo caso, estas tres obras son sólo una pequeña muestra de una producción que sobrepasa los quince títulos (con algunos tan importantes como *El avión negro*, *El viejo criado*, *Ya nadie recuerda a Frederic Chopin*, *De pies y manos...*) y que se inicia en 1964 (con *Nuestro fin de semana*) constituyendo, en esa fecha, un renacer de una dramaturgia que si tenía cosas interesantes que decir y que se mantuvo íntegra durante todos estos años de incertidumbre política y social en la Argentina.

A pesar de ser una obra menor dentro del desarrollo de su estilo dramático, *No hay que llorar* (estrenada por primera vez en Buenos Aires en mayo de 1979) contiene ciertas características que son recurrentes y obsesivas en su dramaturgia. En ella, en un lapso de poco más de una hora, conocemos la historia de una familia de clase media, con todas las privaciones inherentes a un nivel que les ha reducido un nivel de vida aparentemente confortable, en una situación bastante precisa: en efecto, los tres hermanos (dos de ellos con sus respectivas esposas) se reúnen en la casa de la madre para celebrar su cumpleaños. Esta celebración, una especie de sorpresa que le tienen preparada a su madre, tomará rumbos no visualizados cuando se proyectó y, finalmente, llevará a un delirio con mucho de grotesco y de humor negro corrosivo.

Gabriel (Oscar Hernández) vive en Los Angeles, dedicado al comercio; Osvaldo (Osvaldo Silva), casado con Graciela (Mónica Carrasco), mujeriego y bebedor, ocupa el cargo de jefe de ventas en una empresa; Pedro (Alberto Casti-

llo), esposo de Esther (Cecilia Cucurella), es un empleado de Correos. Al juntarse nuevamente —después de tres años y medio—, salen a flote sus aspiraciones ("la fruta, ahí está la pata"), sus falsas expectativas, sus egoísmos, su violencia contenida y, en definitiva, la influencia que puede ejercer el dinero —un dinero muchas veces inexistente— en las relaciones humanas. Por esta misma razón, el sorpresivo desvanecimiento de doña Luisa (Naldy Hernández) no sólo conlleva la natural preocupación por su estado de salud (se anuncia con reiteración la pronta visita de una eminencia médica), sino que permite conocer las motivaciones últimas de los hermanos: por un lado, Osvaldo quiere que ella se vaya a vivir con él y, de esta manera, vender el departamento; por otro, Pedro quiere ir a vivir con ella con el fin de tener un espacio mayor al que actualmente habita. Este hecho genera, en un momento determinado, una violenta pelea entre Pedro y Osvaldo, demostrando con ello lo patético de la situación.

Pero el delirio llegará a su grado máximo cuando Gabriel descubra siete títulos de propiedad de su madre, lo que indica que posee una riqueza ni siquiera sospechada, ya que ella vive del dinero que sus hijos le dan mensualmente. De esta forma, se podrían cumplir los ansiados sueños y salir de la mediocridad que los rodea. En el desenfreno y alegría por la noticia, involucran a la madre —se ha recuperado el desvanecimiento—, obligándola a beber hasta el emborrachamiento, a comer en exceso y a cantar una vieja canción sentimental; hasta el punto que, mientras va perdiendo aire y se asfixia en la soledad más absoluta, ellos indiferentes cantan el "feliz cumpleaños". Toda una paradoja, toda una incongruencia muy conscientemente tramada: es la sutil venganza de unos hijos que han descubierto el engaño de una madre avara y miserable.

El montaje, dentro de un tono realista, resalta lo melodramático y grotesco. Tal vez, en ciertos momentos un tanto exagerado, con expresiones y risas históricas algo fuera de contexto. Independiente de que cada uno de los hijos tiene personalidades muy diferentes —al igual que sus respectivas esposas—, no todas las actuaciones convienen de la misma manera, ni menos proyectan y desarrollan a sus personajes con una establecida línea conductual a lo largo de la representación. En este aspecto, los trabajos de Oscar Hernández y Mónica Carrasco son los más convincentes; mientras que los de Alberto Castillo y Cecilia Cucurella, los más débiles. Los dos restantes, en un nivel parecido. Además, amoran la efectividad de la representación un espacio que no conviene ciento por ciento como espacio teatral y el funcionamiento de unos ventiladores que distorsionan el ambiente.

No hay que llorar es un melodrama de la clase media argentina, válido en su planteamiento también en las restantes sociedades latinoamericanas. Una respuesta, en cierto sentido, de una generación que vive al borde del desencanto.

Eduardo Guerrero.

"No hay que llorar" [artículo] Eduardo Guerrero.

Libros y documentos

AUTORÍA

Guerrero del Río, Eduardo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"No hay que llorar" [artículo] Eduardo Guerrero.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile